

25-12-94

LA CRÓNICA

Una lógica de las cosas

ARCADI ESPADA

Todo empezó con la limpieza del Moll de la Fusta, siguió con el derribo de los tinglados del Moll de la Barceloneta —no se echó abajo el edificio de Mauricio Garrán, erróneamente atribuido a Elias Rogent, y hay quien discute todavía si mantenerlo fue adecuado— y acabó, en fin, con la depuración de cachivaches del Moll d'Espanya. Entonces la ciudad pensó, ante tanta transparencia, que el puerto era suyo, que finalmente "la ciudad había entrado en el puerto" y que un nuevo lugar de paseo y delicia se organizaba a salvo de la agobiante densidad barcelonesa. Era verdad. Tan cierto como que el Puerto —es decir, el organismo autónomo propietario de los terrenos— también consideraba que el puerto era suyo. Y que alquilarlo a trozos era la condición necesaria para cambiar su uso y, sobre todo, para contribuir al pago de su ampliación en la desembocadura del Llobregat. Por esta última razón, muy elemental e inexorable, hoy ven los ciudadanos cómo tres construcciones se alzan en el Moll d'Espanya y cómo cierta poética de la transparencia se ve alterada. Las tres construcciones son los nuevos edificios del Imax —un cine panorámico—, el Maremánium —un centro comercial, con multicines y restaurantes— y el acuario. (Acuario, por cierto, que será el segundo en Barcelona si prospera la iniciativa de construir otro en el Besòs. La proliferación es sorprendente, sobre todo si se tiene en cuenta que los acuarios, al decir de la insondable leyenda, traen mala faria, y que vivir rodeados de peceras, tanto particulares como colectivas, es un atrevimiento de alto riesgo). De los tres edificios, el más contundente es el Imax. Veintisiete metros de contundencia: un cubo blanco y opaco. Lo han alzado Garcés y Soria. El primero se rebela ante la idea de que la altura sea por definición un problema.

— Veamos... depende de qué altura y con qué intención de altura. Yo creo que hemos hecho un edificio singular y que tanto la altura como la dispersión constructiva



Una vista del Port Vell, con el edificio del cine Imax al fondo.

pueden ser un problema. El ingenio necesitaba 27 metros: la pantalla casi roza el techo. Y hemos trabajado con un techo inclinado y con una planta hexagonal para que la contundencia se afine.

Probablemente, el puerto no era el lugar adecuado para construir el Imax, pero el arquitecto opina que los problemas no van a venir de su edificio, cuyos promotores quieren verlo funcionar ya a finales de enero. Si acaso vendrán de la densidad —tal vez demasiadas construcciones para el espacio previsto— y de los accesos a una zona que va incrementar su capacidad de atracción, manteniendo —inevitablemente— sus viejas vías de acceso, las Ramblas,

la Via Laietana y el Moll de la Fusta. Y el acceso será un problema para el Imax y también para el Maremánium, obra de Piñón y Viaplana, encargados de la planificación general del Moll d'Espanya y que en su momento respondieron con su tranquilidad característica a la turbación de la prensa:

— ¿No van a tapar el paisaje esos edificios?

— Hombre, pero si esos edificios son el paisaje.

En el Maremánium, en su pórtico, el Ayuntamiento organizará en marzo una exposición sobre el futuro, sobre la Barcelona que encarará el próximo milenio. La llevan el arquitecto José Antonio Acebillo y el filósofo Pep Subirós, asesor del alcalde. Quiere ser, en su tiempo —prelectoral y espeso—, lo que fue la exposición sobre la Barcelona del 92 que organizaron en 1988, en el magnífico Depósito de las Aguas, de la calle de Wellington. "Una reflexión global sobre el futuro de Barcelona, la materialización gráfica, con fotos, con videos y con realidad virtual, incluso, de su plan estratégico", según explica Acebillo.

Tal vez esa reflexión llegue ya un poco tarde para el puerto viejo: ya todo está hecho, aunque quede en la duda el considerable edificio de Pei, a la espera de que el dinero afluya de nuevo. Pero hay muchas otras reflexiones pendientes. Sería

conveniente que, para deshacer equívocos y elaborar un discurso adulto —el discurso que ha faltado, por ejemplo, en la planificación de las infraestructuras culturales barcelonesas—, todas las reflexiones estuvieran recorridas por el cierto sentido de la realidad que reivindica Garcés ante el puerto esmaltado de los nuevos volúmenes.

— Si, tal vez hubiera estado bien que la Generalitat o el Ayuntamiento hubiesen comprado el puerto. Y hacer de él una zona completamente libre de edificaciones, con algún barecillo para la sed. Pero eso estaba fuera de la lógica de las cosas. Y hacer lirismo fuera de esa lógica acaba siendo reaccionario.

ANTONIO ESPEJO